

# Maldito hippie comunista

*“El amor es la urgencia de solucionar el problema del otro, donde estás tú”.*

Diario de Néstor Paz Z.

**N**i la casualidad ni el destino pueden vencer al libre albedrío de una persona jugada en sus elecciones. Hay seres que realizan voluntaria y tozudamente cada uno de sus actos sabiendo de antemano cuál será su propio final. La historia que les contaré hoy es una prueba de ello.

Esta mañana, Ramiro acudió irremediablemente a mí. No tenía a nadie en la ciudad. Al verse totalmente indefenso y desprotegido, sintiendo la cruel soledad del abandono (esa que se da cuando todos te muestran la espalda y nadie quiere ser tu amigo: el apóstol negando a Cristo más o menos), acudió a mí. Al verme, parecía que había encontrado una ramita de donde asirse al rodar por una pendiente. En la puerta de la pensión donde me había citado, se sostenía en pie gracias a la templanza de sus convicciones. Había pasado la noche huyendo de la muerte. El desvelo no podía borrar de su mirada la angustia y el miedo acumulados en esas horas. Resoplaba como un boxeador entre las cuerdas,

a punto de derrumbarse pero todavía con la esperanza de ganar el siguiente round.

En mis cuarenta años de periodista y a mis seis décadas y pico de edad, he conocido a mucha gente. De eso se trata este oficio, de descubrir, saber y contar a los demás qué hace la gente. Nunca había conocido a un joven con tanta vocación y con tanta habilidad para redactar noticias y lograr excelentes entrevistas que otros reporteros mucho más experimentados no alcanzaban. Su fina conversación, su manera generosa de darse, su aire musical y su mirada poética de la vida, lo hacían visiblemente especial.

Nuestra amistad nacía de la comunión de dos soledades, de esas que comparten nostalgias y silencios, cuerpo y sombra, pie y huella. Ocupé el lugar de su padre ausente y él llenó el vacío de la familia que huyó de mí. Conocí a Ramiro cuando algún amigo lo acomodó en el periódico para atender con cafecitos a la plana mayor de reporteros y correctores. En pocos meses se ganó el puesto de redactor de planta y se convirtió en uno de los mejores periodistas de Prensa Nueva, el diario del cual soy director.

Hoy en la mañana, contenía su llanto con palabras que se atropellaban. Sus pupilas brillaban desorbitadas. Estaba íntegramente agitado. Si bien lo que le aconteció anoche fue la noticia de primera plana de esta madrugada, lo que voy a relatarles a continuación es la crónica de la etapa de vida que compartimos.

*Anoche a las siete, al llegar a la pensión, cuando me disponía a cenar —así empezó su agitado relato— recibí una llamada urgente de Andrés, nuestro amigo, que en clave de telegrama me dijo: “Salí de ahí y no vayás a tu cuarto o te matan. Nos están buscando. Tenemos que ocultarnos en*

*alguna parte. Nos vemos en la plazuela de la “U” en media hora. Apurate”. Fui rápidamente —siguió contando—. Lo esperé hasta las once y no apareció. Detrás de un árbol de la plaza y desde la penumbra, me salió otro amigo. Me informó que la cosa estaba jodida. Andrés le había dado el encargo de decirme que escapara lejos por un buen tiempo. Que, gracias a unos soplones conocidos, sabían nuestros movimientos y estábamos en la mira. Que le avisara a Carmen. Él buscaría la manera de contactarse después con nosotros.*

En una situación como esta, tenían instrucciones de activar el protocolo de seguridad, que consistía en no aparecer en los lugares que habitualmente frecuentaban, no visitar amigos ni familiares para no involucrar ni comprometer a inocentes. Tuvo que romper el reglamento y cumplir el pedido del amigo.

*A las doce fui a buscar a su enamorada para advertirle sobre el peligro que corría —continuó entre hipos convulsivos que presagiaban náuseas—. No estaba en su internado. Llamé desde un teléfono público y le dejé el encargo a su compañera de pieza. No sabía a dónde ir. Caminé sin rumbo. Me quedé sentado en la esquina más oscura y silenciosa de la plaza Colón. Hacía mucho frío. A la medianoche una pareja de pordioseros tendidos sobre un pedazo sucio de lo que pudo haber sido una colcha, hacían el amor a caballo, mientras simultáneamente, compartían con fruición unos hot dogs sacados del basurero. Era un cuadro pantagruélico ideal para un filme esperpéntico. Al ver aquella escena, que tenía de fondo una hermosa fuente de agua, pensé: ¡Mierda!, ¿vidas como la de esta gente son las que nos quitan el sueño?*

Luego relató que se esforzó para no dormirse, tratando de mantenerse en estado de alerta. Como suele